

LA IDENTIDAD DE LOS PAÍSES SUDAMERICANOS ANTE LA UNIÓN ECONÓMICA DEL HEMISFERIO

POR MANUEL LIZCANO PELLÓN

La conciencia española de la propia identidad

Al español medio, respecto de América, se le hace partir hoy de un puñado de ideas recibidas. Los medios de comunicación están en sintonía con el mensaje cultural que sólo entiende «América» o «americanos» como palabras equivalentes a «Estados Unidos» o «norteamericanos». A Hispanoamérica, cuando se habla de la América de lengua española, o a Iberoamérica cuando se le añade la lusohablante, se les atribuye cada vez más en exclusiva nombres ajenos, «latinos», a fin de que nadie caiga en la cuenta de que se está hablando de las Españas ultramarinas de siempre.

Se da por lo más natural del mundo que los dos grandes y matrices Estado-nación ibéricos tengan que seguir viviendo de espaldas, en vez de cara a cara y compartiéndolo todo. A los españoles se entiende que en Iberoamérica «no nos quieren», y que unos cuantos empleados internacionales vestidos de indios a tiempo completo representan lo que la América Hispana siente de España.

España, lo que se dice España, porque lo progresista es llamarla «el Estado», no es nada más que eso: un Estado residual, poco más que una Administración que dirige provisionalmente el proceso de reconversión de España en uno cualquiera entre los Estados autónomos de esta próspera Europa federal a la vista. Una Europa entendida como club del final de la

Historia, como círculo de técnicos indiferenciados en cuyo seno lo que quede de los antiguos españoles quizá llegue a hacerse perdonar las grandes vergüenzas históricas, o sea colonialistas de las que todavía somos herederos a maleficio de inventario hasta que al último de nosotros le toque salir de la escena y apagar la luz.

La verdad es que semejante sarta de disparates no ha habido ni hay pueblo en la historia de Occidente, ni de ninguno de los Orientes, que la haya creído de sí mismo ni la esté creyendo ahora. La extrema autodenigración de ese sector de españoles es un auténtico extremo en los modos de reconocerse el hombre a su paso por el tiempo. Si aquí a llegado a producirse tamaña malformación «cultural» es a causa de una particular enfermedad de enajenación colectiva —y quizá por ello mucho más de las élites que del pueblo— cuyo desarrollo no es nada difícil seguir ya paso a paso, hasta la fecha.

Pero que a pocos ha interesado puntualizar con rigor —entre los pocos basta con recordad a Unamuno—, y cuyo curso no es desde luego mi propósito resumir en esta ocasión. Dejemos sólo advertido lo que a todo observador desprejuiciado le salta a la vista. Al español medio, en efecto, hay instancias interesadas en torcerle la conciencia a diario para que se vea a sí mismo como algo que no merece vivir más que en la medida que se borre su memoria colectiva. En que dé por inexistente su mismidad o identidad más empíricas. Y justo en el momento en que por doquier la gente desempolva o inventa a toda prisa la razón de sí que necesita para andar mal o bien por el mundo.

A lo que ahora tengo que limitarme es a mostrar ese «otro lado» por donde corra viva y llena de fuerza creadora, de pujanza o invención incesante de realidad nueva, la utopía o alma de España. Una conciencia y un inconsciente colectivos, un cuadro de valores, un estilo o un modo de ser hombre, que no se almacena, por supuesto, en ningún frasco cerrado.

Una España que es la única real y verdadera, la que está sólo donde está la lengua. La lengua hispánica. Tanto la española de uso general, castellana, como las demás peninsulares y de modo sobresaliente la portuguesa, creadora por su cuenta de un mundo y una cultura universales. Más las asociadas a la común familia hispanohablante, desde el quechua o el guaraní hasta el tagalo, y las otras múltiples lenguas del archipiélago filipino, tan imborrablemente cargado de voces y parentescos españoles. Una España que guarda en su lengua el incalculable tesoro de todos nuestros lenguajes expresivos: místicos y arquetípicos, religiosos y literarios, pictóricos, monumentales y folclóricos; comunales y políticos, científicos y ecosistémicos.

Lenguajes creadores y comunicacionales, coloquiales y académicos, que se han ido haciendo inseparables del hecho de ser españoles de lengua o de alma, de cosmovisión o concepción del hombre, del mundo y de quien desde hace muchas generaciones creemos que a la vez que más allá del universo está viviendo la vida de cada hombre, hijo suyo. Alguien que construye con nosotros cada una de esas almas o utopías del mundo entre las cuales pusieron en marcha nuestros antepasados la fundación, el origen y el destino consiguiente de esta hispánica cultura nuestra: hispanohablante, hispanocatólica e hispanomestiza.

Una España, en fin, que como todo lo creado por la libertad o la liberación en marcha de esto que en toda vida humana es la infinitud propia de un libre personal, tiene tanto su cara de luz como su cara de sombra. Porque ser hombre consiste justamente en eso: en irse haciendo cada uno a la vez su cara de dentro, luminosa, inmortal, y su otra cara de fuera, en lo que íntimo se nos queda endurecido, pegado a la máscara que no hubo más remedio que encasquetarse para ser admitido en el apresurado escenario social donde se protagoniza cada acto de la representación del mundo histórico.

Y desde luego, una España que da la casualidad de que parece mostrar en Hispanoamérica muchos mayores síntomas de vigor que en España y Portugal, aunque reconocerlo sea molesto para ese cierto provincianismo progresista que aún bulle en nuestro país. Porque es importante observar, en este singular momento de la mayor estupefacción universal desde los griegos, que donde más fuertes se muestran las raíces de la España perenne es en esa América donde presuntamente «no nos quieren» a estos mismos extraños eapañoles que parecen tener por distintivo su desgana y desabrimiento de serlo.

O su momentánea incapacidad de seguir siéndolo, a fuerza de marearlos durante tres largos siglos para que se olvidaran de sí y amaneciesen alguna vez irremediabilmente enajenados. Mal que, insisto en ello, y aunque por ser éste más aparente que real no tenga remedio difícil, se muestra bastante menos grave ahora en las Españas de ultramar que en la España europea. Vamos a ello. Aunque quizás no sea inútil precisar antes algunas ideas sobre el problema de la identidad de los pueblos.

Las dos caras del problema de la identidad

Toda palabra es una representación intelectual. Igual que el mundo histórico —en cuanto tal o en cualquiera de las utopías— sociedad que lo han constituido históricamente— es una representación comunal. Schopenhauer transitó con fruto este campo de reflexión. Lo que nos importa ahora es ver

cómo ambas representaciones, la lingüística y la del mundo, por el hecho de consistir a la vez y ambiguamente en «mediación» que posibilita nuestra autoconfiguración personal y colectiva, ofrecen dos caras. Una mira a la naturaleza, a la animalidad racional, a la materialidad de todo lo humano. La otra mira a su infinitud, grandeza, sentido, liberación o alma libre que se hace y se sobrehumana a sí misma.

Toda realidad, y del modo eminente que acabamos de indicar la realidad humana, ofrece de algún modo estas dos caras constitutivas. Y los hombres somos libres sustantivos justo porque elegimos una u otra para fundamentarnos ante esa misma realidad. Una de ambas diríamos que es la cara externa. La otra es lo que se oculta —se nos oculta— en todo campo de experiencia y de conocimiento. La faz externa es la sensible y empírica, material, fáctica, racional. La otra es la del intangible de fondo, la infinitud, el contenido, alma, sentido o libertad que subtensa todo lo que hacemos. Lo que hay de absoluto o suelto de toda contingencia precisamente en todo cuanto en nuestra realidad se manifiesta o expresa.

Porque así es como cada vida personal se hace su propia alma o mismidad. Por supuesto que el hombre integra en esa obra de creación de sí mismo —la más iminente que realiza, y la más enigmática también para su propio creador— cuantos factores recibe de su herencia biológica, entorno social y tradición cultural o espiritual. Pero lo verdaderamente característico suyo, aquello en lo que tal persona es inconfundible con otra, lo va poniendo ella misma por obra, día a día, en cada una de sus situaciones y opciones, fracasos, rectificaciones de rumbo y experiencias íntimas y compartidas.

Pues lo mismo le sucede a cada pueblo humano, en su doble dimensión intrínseca: la externa de sociedad histórica, y la que se oculta, de utopía en marcha. Puede así parecer, a simple vista, que para una democracia todo se reduce a lo que en tal época o situación concretas los ciudadanos de su sociedad votan y deciden. Lo cual es verdad, aunque sólo hasta cierto límite. Más o menos el mismo en que toda persona excede su situación, cuerpo y psiquismo, al llegar a cierto umbral de sí en el que ya emergen el inmenso contenido que se acumula en su experiencia y biografía anteriores.

Algo que nunca queda en blanco cuando uno cambia; cuando decide comenzar de nuevo a ser sí mismo, o así tiene que hacerlo por imperativo de las circunstancias. Ya que ese privilegio de volver a empezar desde cero de sí mismo no lo poseen más que los amnésicos. Del mismo modo que un pueblo histórico, en cualquiera de sus centenarios, o de sus milenarios si goza de tan larga vida, puede hacer lo que literalmente quieren sus ciudadanos de ese momento, salvo dejar de ser aquel pueblo —pueblo de

pueblos, cultura de culturas, por supuesto— que históricamente ha venido siendo hasta entonces.

A menos que sufra esa cruel patología de la amnesia colectiva, hasta el punto de llegar a carecer efectivamente de toda memoria y conciencia propias, tradición cultural, fundamentación espiritual y experiencia comunal, tal como quedaron vividas por sus patrias o históricas generaciones precedentes.

Es así y felizmente, como cada persona y cada pueblo sólo comienzan una vez —y tal como esto haya sido— a ser lo que están siendo. El resto de su tiempo histórico lo único que pueden libremente hacer es poner en la realidad aquello que antes les faltó por ser o por hacerse. O empeorarlo y echarlo a perder. Aunque sea por una decisión democrática. Querer que lo que ha sido deje de serlo, o sea de otra manera, es pura ilusión. Con lo que ha sido no caben más que dos actitudes. Negarlo, odiarlo, destruirlo. O mejorarlo, transformarlo, cambiarlo en algo nuevo, creadora, pacíficamente. Pues creación y destrucción sólo pueden darse en exclusión recíproca.

Cuando hablamos, pues, de España, o de alguna de sus voces derivadas, como Hispanoamérica, —o de cualquiera de las Españas nacionales dispersa por el planeta—, solemos estar hablando de dos cosas muy distintas. Como hemos visto, la externa y empírica, o bien, la que se oculta. También es cierto que nunca queremos referirnos a una mitad de esa realidad así aludida sino a toda entera. Pero lo que hacemos entonces es hablar desde dos tradiciones contrapuestas. Desde la tradición de España como utopía, como grandeza —nietzscheanamente dicho—, encarnada; como es obvio, en su sociedad. O bien desde la tradición de España como estructura, aparato o sistema de poder.

La radicalización extremista de la tradición de España como utopía conduce a estar hablando de algo inmóvil, absoluto, algo que alcanzó de una vez para siempre su grandeza, algo dominante que se impuso y ejerce violencia necesariamente contra quien lo niegue. Estamos en tal caso ante la mentalidad o tradición reaccionaria, tradicionalista. El otro supuesto de radicalización extremista es el de la tradición de quienes conciben a España o a la realidad nacional hispana o ibérica que sea, desde la imagen de una máquina o sistema de poder dentro de un mundo de máquinas o sistemas de poder, y ya sea dominante, o dominada. Es la mentalidad o tradición del progresismo ideológico.

Pero lo que a ambas actitudes radicalizadas se les escapa, por su resentimiento y violencia recíprocos, y por su incapacidad para distinguir

los matices que se dan en la realidad, es un hecho fundamental, que resulta básico en cambio para una sociología de las utopías: nunca lo común o el común de una infinitud en marcha —una «cultura» o visión del mundo solemos llamarla— deja de ofrecérsenos precisamente en su ambigüedad constitutiva «fuerte-débil», y además nunca camina sola, sino que su hacerse o devenir mismo consiste en vencer los obstáculos que sin cesar tratan de negar o destruir su existencia.

Toda realidad —sea utopía, sea estructurada—, histórica consiste en estar siendo a la vez ambigua y compartida. Su conocimiento en foto fija, o en solitario, a nada significativo conduce. No nos vale para nada. Todo lo nuestro, y también lo histórico, y lo político, es nuestro, esto es, no es apropiable y transformable, porque no es una sola manera y porque siempre están engarzado, empujado o trenzado con otras cosas.

Una historia de las utopías en blanco y negro, como antagonistas unas con otras, al modo de la ideología furiosa —siempre están furiosas las ideologías— de los «nacionalismos» o de los «fundamentalismos», nos deja ante resultados tan falsos, por su parcialidad, como la mera sociología de las realidades sociales en cuanto máquinas, sistemas o «contenedores» históricos. Porque ambas son incompetentes para explorar con el rigor y el desapasionamiento que reclaman, los contenidos de ennoblecimiento o agrandamiento profundo y auténtico del hombre, la infinitud esencial del hombre. El nivel cuya altura, intrínseca a toda vida humana, los sueños o utopías de los hombres avanzan para unirse siempre en lo que a todos es común. Y sólo por error, por muy grave error, llegan a matarse, o a hacerse indigna la existencia, quienes son portadores de esos esenciales sueños o utopías transformantes.

Estamos viciosamente acostumbrados a ver las sociedades históricas en términos de sistemas de potencia y voluntades de potencia recíprocamente excluyentes. No como «almas del mundo», que en su múltiple variedad buscan siempre lo mismo y complementariamente: el sentido del hombre en la Historia —«el puesto del hombre en el cosmos», que decía Max Scheler—.

Y por si acaso estas dificultades previas para entrar en nuestro tema fueran poca cosa, aún tenemos que advertir que hoy se ha puesto de moda en vez de intentar aclamar las cuestiones complejas, confundirlo todo apresuradamente. No es más que actitud de moda, pasajera, pero hace mucho más difícil entenderse. El que no toma lo hispano o hispánico por «latino», ignorando toda la originalidad profunda de la abusada palabra «hispanidad», lanzada al uso por Unamuno como tantas otras vivencias o ideas revividoras

de lo que somos, es porque prefiere confundir, tal como hemos considerado, la tradición cultural que da su figura propia a cada pueblo, con la mentalidad reaccionaria o tradicionalista.

O bien sustituir la idea de la radical laicidad del hombre con el laicismo de secta ideológica. O bien ocultar el sobrecogedor proceso de la liberación y sobrehumanación cristiana bajo las inevitables refracciones o desvirtuaciones de época que significaron la Inquisición o las Cruzadas, el fundamentalismo predestinario crónico que sigue inspirante a los *wasp* norteamericanos o el timo televangelista. Sin embargo, hoy igual que siempre también se puede seguir hablando en serio de las cosas reales. O intentarlo, ya digo, que es lo que siempre se hizo. Con lo que en nuestro terreno lo menos que puede hacerse es poner rigor crítico cuando hablamos de España o de la Transespaña entera, dentro de este mundo cultural e histórico que conforman las tres variables hispanohablante, hispanocatólica e hispano-mestiza.

Una toma de conciencia hispanoamericana global de la propia identidad

Es cierto que ahora, tras la mutación mundial que ha acarreado el final del mundo comunista en el año 1991, es la evolución misma del hombre, en todas las culturas e identidades colectivas que estaban presentes en la sociedad contemporánea, lo que ha entrado en crisis de desorientada búsqueda de sí. Pero es justamente éste quizás nunca igualado reajuste del mundo, al menos en cuanto a su disparada complejidad universal, lo que está dando la medida de la singular situación que los hispanos o ibéricos, igual que a su modo todos los demás, tenemos que afrontar sin remedio.

Una situación en la que no es difícil advertir que nosotros nos hemos adelantado dramáticamente a mucho de lo que hoy aparece ante todos los pueblos como enigma insoluble. Nosotros, la gente hispana, llevamos en efecto más de 100 años bregando con algo muy parecido al generalizado escenario actual. Estamos metidos en una cadena ininterrumpida de revoluciones nacionales liberantes desde el año 1936. Y antes, desde la mexicana del año 1910. Y más atrás todavía, desde el estallido español del internacionalismo libertario de los años 1868-1873, en cuyo salto extremo sobre el vacío tuvieron su origen todos los contenidos sociales de nuestras revoluciones nacionales desde entonces.

Sacar la lección de esta experiencia que viene sacudiendo y limpiando nuestras raíces, durante más de cuatro generaciones, nos empuja hoy a un lugar en el escenario mundial donde nos toca decir algo que los demás no

han experimentado, y aguardan que alguien con conocimiento de causa y racional capacidad autocrítica se lo explique. Nada de lo cual sería factible si no sabemos imprimir un giro brusco y enérgico a este enfermizo victimismo o autocondolencia que nos tuvo parados, automarginados en un extraño modo de «descanso» histórico durante demasiado tiempo.

Los juegos de cambios de nombre, de condición o de rumbo fundamental, el «travestismo» de nuestras élites al que tan frívolamente proclives nos hemos venido mostrando, tiene que ceder sitio de una vez a lo que realmente estamos siendo y tenemos ahora por dar de sí. Y lo cierto es que en esto de dar con lo que en verdad somos, los intelectuales y escritores hispanoamericanos han tomado una delantera muy considerable a los escritores españoles del momento. Quizás baste con una buena docena de referencias de primera magnitud. Más que otra cosa, sobre todo, frente al anacronismo del pequeño sector de españoles que tan a deshora se han enamorado de los peores desechos de la inseputa leyenda negra.

Tengo que referirme primero a algunas de las ponencias de intelectuales mexicanos de máximo relieve en el mundo de nuestra lengua, que se expusieron en el reciente simposio organizado, entre los días 9 y 11 de octubre del año 1990, por la propia iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En él tuve el honor de participar como único ponente español y de asistir a las sobresalientes aportaciones, entre otras, de Silvio Zavala, Ortega y Medina, Elsa Cecilia Frost, Leopoldo Zea y Edmundo O'Gorman. No dejó de admirarme la atención, carente de toda discrepancia, con que el alumnado y público participante siguió estas exposiciones, actitud de ponderación pública todavía no alcanzada ahora en España, y que hace pocos años hubiera sido impensable en México.

El veterano historiador Silvio Zavala, maestro ya prácticamente de dos generaciones iberoamericanas, y cuyo magisterio como pensador tiene hoy difícil parangón en cualquiera de nuestros países, mantuvo en su ponencia el juicio más altamente valorativo del V Centenario de América en su significación histórica. Un par de ensayos suyos inmediatamente anteriores —*Esbozo de dos antologías mexicanas relativas al V Centenario* y *De las varias maneras de ser indigenista*—, así como su documentada referencia al libro madrileño *Iberoamérica, una comunidad*, elaborado y publicado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana —del cual también nos ocuparemos en seguida—, dieron pie a una disertación del máximo interés orientador, que se centró además en una dramática advertencia:

«Si al comienzo del decenio anterior al año de 1992 se nos hubiera invitado a sembrar la confusión y la discordia en torno al quinto centenario del descubrimiento columbino, creo que a la altura del año 1989 podríamos considerar que esta tarea ha sido cumplida. Pero si al contrario se hubiera pensado que la ocasión debía dar lugar al esclarecimiento de nuestra historia y de sus proyecciones y a fomentar la concordia interior... y la unión con los demás países de Iberoamérica, tal vez tendríamos que reconocer cuán lejos nos hallamos de haber alcanzado esas metas. De ahí que la polémica resultara inevitable y haya dominado el panorama del decenio...».

El gran historiador mexicano de origen español Juan A. Ortega y Medina, el autor que con mayor rigor ha examinado críticamente, a mi juicio, el fundamentalismo religioso-racista en base al cual se forjaron y viven los Estados Unidos —*La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt Indi*, 1976; *Imagología del bueno y de mal salvaje*, 1987; *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, 1972-1989— en su discurso de clausura sobre «Polémica mexicana en torno al descubrimiento», se centró en analizar, al fondo del cuadro de la posterior apropiación de América por Estados Unidos, el escenario del descubrimiento desde la presión precedente de Afroasia sobre Europa con anterioridad a 1492; o la importancia filosófica para Occidente de los naturalistas españoles, incluido De las Casas, que no dieron un solo nombre español partidario de la teoría «animalista» sobre el hombre indoamericano, o asentaron el derecho del pueblo al regicidio por causa justa, tan alejado todo ello de la cultura anglosajona. En un trabajo periodístico de los años antes de aquel simposio.

—«Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica»—, Ortega y Medina habían cifrado en una cita elocuente de Alfonso Reyes una constante mayor de su propio pensamiento:

«Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podrá prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal... es una representación del mundo y del hombre elaboradas por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica».

El mejor Zea, el Leopoldo Zea que muchos admiramos en nuestra juventud, destacado discípulo filosófico de José Gaos y autor de *América como conciencia*, 1953, 1972 o de *América en la historia*, 1957 —tan emparentado además hace años, como el mismo Zea recuerda, con la misma línea

de investigación de Ortega y Medina acerca del fundamentalismo norteamericano y la comprensión del mundo contemporáneo—, volvió a oírse en una exposición en la que recordó cómo la destrucción de la Flota española en Cuba y en Filipinas fue vista por los países iberoamericanos «como una agresión no sólo contra España sino contra todos ellos, porque aun cuando en el continente se rechaza la España imperial, se recupera como propia a la España que se asimiló mediante el mestizaje con todas las culturas locales».

Las ponencias de la eminente historiadora Elsa Cecilio Frost examinó a fondo, por su parte, lo que fe «El proyecto franciscano» en la estrategia evangelizadora de México. El tema lo centra en la experiencia del Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, el noble empeño de la Corona en «llevar a los jóvenes hijos de los conquistadores a la más alta investidura espiritual que hombre alguno pudiera alcanzar en su mundo: el sacerdocio cristiano»... «nueva faceta de la visión franciscana sobre su labor misional, misión que algunos han llamado utópica, en tanto que otros se empeñan en considerar milenarista. Lleve el nombre que lleve, lo que nadie puede negarle es generosidad y amplitud de miras. En ella se inscribe la educación plena de los neófitos».

Este trabajo suyo constituye un paso más en el mismo objetivo de reconstrucción histórica de la realidad de que la autora ofreció un fruto maduro en *Las categorías de la cultura mexicana*, 1972, que continúa el estudio capital de Samuel Ramos sobre la cultura mexicana, y que ya mereció en su momento nuestro oportuno elogio. En este punto es también de destacar la extraordinaria atención que la propia UNAM viene dedicando a la reedición de textos clásicos y bibliografía investigadora sobre la evangelización fundacional de México. Podemos citar al efecto obras tan apasionantes como la dedicada a *Fray Antón de Montesinos*, 1982 o los *Coloquios y doctrina cristiana de Fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas*, a cargo éstos de Miguel León-Portilla.

Edmundo O'Gormand, otro eminente y bien conocido historiador mexicano, tuvo a su cargo en la misma ocasión la conferencia inaugural: «¿El quinto centeranio del descubrimiento?». Sus interrogantes críticos pasaron revista al estado de la cuestión sobre la polémica aludida. Situó con agudeza, acompañada de constante dosis de ingenio, la significación del histórico acontecimiento para Occidente. Se desplomó a partir del año 1492 la «concepción tripartita del mundo» —Europa, Asia y África—, que había llegado a imponerse como visión sagrada. Colón se había limitado a dar noticia de que hasta donde él había llegado llegaba Asia, con lo cual lo que

desencadenó fue un proceso inventivo: la invención de América. Pero seguía siendo imposible que hubiera «una cuarta parte fuera de la Trinidad, ni geográfica, ni filosófica ni teológicamente».

Sin embargo, «lo que realmente estaba emergiendo era, en vez de un mundo cerrado, hecho así por Dios, un inesperado mundo abierto. El hombre se apodera del universo. Se siente por primera vez hacedor. Transplanta Europa. Es el señor del mundo». «Al surgir la cuarta parte arruinó el concepto del mundo en el que se vivía hasta entonces» (las citas son de mi propia transcripción). Y es ahora aquel fulminante que disparó el proceso de la modernidad el que nos reclama el deshielo de la memoria colectiva.

Hoy presenta renovado su viejo signo abierto radicalmente al futuro eso mismo que durante mucho tiempo ha tendido a quedársenos en «verdad absoluta» involucionado en la arcaica belleza y fantasía de los mitos que alimentaron la viejísima costumbre de las «celebraciones»: el afán perenne de detener el tiempo y ganar batallas a la muerte.

Si pasamos a la espléndida obra colectiva *Iberoamérica, una comunidad* 1989, que en cerca de 900 páginas ha reunido a casi un centenar de especialistas, coordinados desde el Instituto de Cooperación Iberoamericana, consideramos que destacan en ella tres firmas de gran calificación internacional: Arturo Uslar Pietri, Guillermo Morón y de nuevo Silvio Zavala. El escritor venezolano Uslar Pietri, a cuya iniciativa se debe esta publicación, puntualiza en su texto introductorio cómo animaron a los españoles en Indias dos propósitos indisolublemente unidos:

«Conquistar para el rey y para su bienestar personal y convertir en cristianos a los indios» (p. 28). «Ni antes ni después se ha dado un caso semejante en el que un imperio, en el momento mismo de desarrollar su expansión, se detenga con sincera angustia a examinar la cuestión, que a muchos entonces y luego no pudo parecer superflua, de decidir si los españoles tenían derecho a conquistar y someter los pueblos americanos y si los indígenas tenían los mismos derechos y condición de dignidad que los conquistadores» (p. 31). «El mestizaje cultural... no tiene tal vez precedente relativo sino en la Cristiandad medieval y... no es el resultado de la imposición de una potencia hegemónica sino de una herencia común viva (p. 837). Porque «España fue una suma heterogénea de reinos que vinieron a quedar bajo la soberanía del rey de Castilla... Sólo tenían en común el rey. Este es el orden constitucional que se va a trasplantar a América» (p. 34). «Las posesiones reales en América fueron concebidas como dominios patrimoniales de la Corona

castellana y no como posesiones coloniales y cada una se integra por separado directamente a la Corona común» (p. 36).

Ante el momento presente, piensa Uslar Pietri que el sitio de «la comunidad Ibero-Americana» junto a las demás comunidades supranacionales viene fortalecido por su «homogeneidad excepcional y... la ausencia de una potencia hegemónica» (p. 840). En un artículo lleno de valiosas sugerencias, insiste en una idea capital. La difundida noción del período «colonial» al hablar de Hispanoamérica, no es otra cosa que mera extrapolación de la genuina «experiencia colonial de las grandes potencias europeas del siglo XIX.

La misma palabra "colonia" proviene de las experiencias inglesa y francesa en África y América. El caso de la América española fue totalmente distinto». En *El País* (26 de abril de 1991) se recogió asimismo su intervención inaugural en el Foro de Iberoamérica, convocado por la Universidad de Salamanca, donde también dejó constancia de que «el destino de la América Hispana deriva del espíritu de cruzada del conquistador»; así como del hecho de que los conquistadores, en contra de sus intereses, se lanzaron «desde el primer momento, de la manera más imprudente y atrevida, a conquistar y cristianizar a la vez».

De otro lado, el director de la Academia de la Historia de Venezuela, Guillermo Morón, estudia otro aspecto de esta misma temprana formación del Estado universal, de la ecumene hispano-indiana, en las antípodas de los Estados imperialistas posteriores; así como el evangelismo que partiendo de la utopía castellana, se afana por servir el Estado indiano, contra toda lógica del poder. Refuerza en consecuencia la famosa tesis del argentino Ricardo Levene —quien igualmente presidió en su momento la Academia Nacional de la Historia en Buenos Aires—, expuesta con solidez en su *Las Indias no eran colonias* 1951. El período indiano o monárquico de América se estructuró sobre verdaderos y constitucionales reinos y provincias o gobernaciones, cuyo fundamento expreso fue la liberación del hombre y la defensa de sus derechos fundamentales.

Ese es el origen monárquico de todas las actuales naciones y repúblicas independientes del mundo hispánico. El profesor Morón desarrolla más tarde, en su artículo «Un ventarrón de libertades» *El País* (2 de octubre de 1990) esta misma idea de que el pensamiento iberoamericano tiene su núcleo en la conciencia de liberación, dignidad, igualdad y democracia humanas que llevó consigo el texto de *Las siete partidas*, base de todo el derecho constitucional durante 300 años en todo el ámbito de la Monarquía indiana, con su constante insistencia en el principio de la justicia y la libertad humanas, y de una civilización basada en el orden municipal y en la

democracia social. Por su parte, también Silvio Zavala añade en este libro nuevos ahondamientos a sus ideas antes aludidas.

Primera aproximación al tema de la identidad en el pensamiento sudamericano

Hemos detectado así un horizonte de alerta máxima, a cargo de los escritores hispanoamericanos, atento a avizorar, dentro del mundo de las ideas, el renovado papel que al mundo ibérico o hispano le corresponde protagonizar en esta hora del reajuste del mundo. La prensa diaria está prestando un buen servicio comunicacional en este campo. Limitándonos ahora, en la práctica, a lo publicado por un solo periódico y madrileño, como *El País*, aún nos cabe acotar aspectos notables del pensamiento, primero, y todavía, de otros dos máximos escritores mexicanos, Octavio Paz y Carlos Fuentes; luego ya, de Augusto Roa Bastos y Gabriel García Márquez; y de dos peruanos como Alfredo Bryce Echenique y Mario Vargas Llosa, junto con el argentino Ernesto Sábato y el ex presidente uruguayo Julio María Sanguinetti.

No es cuestión ahora de esbozar ninguna valoración del pensamiento hispánico y libertario de Octavio Paz, incluidas sus cimas y sus contradicciones. Mucho más sencillamente, recordemos algunas de sus ideas acerca de nuestro tema. Con ocasión de recibir el premio internacional Menéndez Pelayo, en el mes de julio del año 1987, Paz se definió a sí mismo como «un vehículo de unión entre las culturas de nuestra lengua». «... he tratado de recuperar la tradición española en México y en otros países de Hispanoamérica». Antes, al recibir en el año 1981 el Premio Cervantes de literatura, había desarrollado más a fondo ideas semejantes a éstas. En declaraciones hechas el 1 de abril del año 1990 insiste en que «siempre vi el antiespañolismo como una enfermedad».

En el año 1492, en lo que se refiere al quinto centenario, fue «un hecho positivo en la Historia». «Fue el triunfo del Renacimiento. ¿Cómo se puede estar en contra de eso?» Del movimiento mexicano de contestación al respecto, piensa que se trata simplemente de «un grupo de agitadores muy activos». Aunque por otro lado comenta, con sobrada razón a mi juicio, que «si hay un pueblo ignorante de América, ese es el pueblo español». A veces no hay más terapia para una unión enconada que el paso del tiempo.

El día 16 de mayo del año 1988, Paz destaca a la vez el papel profético confiado por las circunstancias al intelectual de hoy, y sus increíbles cegueras recientes. «La mayoría de los intelectuales hispanoamericanos», dice, «en el siglo pasado abrazaron el liberalismo con el mismo fervor intolerante de los jacobinos, y en el siglo XX con el sectarismo de

los bolcheviques. Estaban decididos a cambiar el mundo en un minuto; y lo que consiguieron fue instaurar tiranías.

La crítica de las ideologías y de los regímenes autoritarios debe comenzar... por la autocrítica de los intelectuales». En España ve hoy un ejemplo de lo que podría ser una Iberoamérica realmente democrática y plural. «Pienso en una experiencia sobre la que los mexicanos deberíamos reflexionar: las autonomías. En México, desde la época prehispánica, el centralismo ha sido la realidad determinante de nuestra vida política, social y cultural»... «El centralismo es por naturaleza autoritario. México es un país no menos plural y diversificado que España».

Fue memorable su ensayo, publicado en el mismo diario de Madrid el día 28 de junio y el día 5 de julio del año 1987, sobre «México y Estados Unidos». Más tarde, en su discurso de recepción del Nobel, en diciembre del año 1990, al reflexionar sobre las literaturas en español, ratificó que, no siéndolo, se siente «descendiente de Lope y Quevedo como cualquier escritor español».

Carlos Fuentes, refiriéndose el día 26 de noviembre de 1987 a la Cumbre de Contadora y su grupo de apoyo celebrada por aquellas fechas, analizaba la enorme transformación ocurrida en Iberoamérica durante el anterior cuarto de siglo, para concluir, sobre este fondo inmediato, que quizás otro interlocutor invisible en Acapulco era el Conde de Aranda, ministro hace dos siglos de Carlos III, en función de la comunidad hispánica de naciones que entonces había propuesto para armonizar intereses sin sacrificar autonomía. «Lo que ocurra esta semana en Acapulco no puede serle indiferente a España. La integración latinoamericana debe acercarnos, no alejarnos de Madrid. Una comunidad de naciones ibéricas es arte del mundo multipolar del siglo XXI».

Sobre la difícil «vecindad de México con el nacionalismo norteamericano» publicó un elocuente ensayo los días 27 y 28 de junio del año 1991. También al producirse la invasión norteamericana de Panamá publicó páginas muy atinadas. Al recibir, en abril del año 1988, el Premio Cervantes, su discurso constituyó un texto memorable. La identificación de la España intangible de la lengua con el arquetipo de Don Quijote le permitió explorar con extraordinario vigor nuestro papel emergente en el mundo que entonces empezaba a nacer.

Por entonces hizo declaraciones a *El País* (11 de abril de 1988) en las que afirmó que «los hispanos somos la gran esperanza blanca del siglo XXI». Siempre sospeché que lo de «blanca» sería fruto de alguna espontánea

colaboración del entrevistador, pues imagino que Fuentes quiso decir bastante más. Algo así como que somos «la gran esperanza mestiza». Por otra parte, cualquiera consultará con provecho el extenso y magistral estudio que en la revista *Claves* —Madrid, número 5, septiembre de 1990— dedicó a «La novela de América: Literatura y sociedad».

En su día (2 de septiembre de 1990) nos conmovió García Márquez con su desgarrado «Me obsesiona la idea de que España se vuelve europea. Es como si la madre de uno se va a dormir a otra casa». Últimamente, al inaugurarse (18 de septiembre de 1991) la IX Conferencia Iberoamericana y III Internacional de Comisiones Nacionales del V Centenario, con la Cumbre mexicana de Guadalajara del mes de julio anterior al fondo, García Márquez volvió a ser categórico. «La integración, tema central de esta conferencia, le da a la conmemoración del V Centenario un contenido político importante y definitivo, que no tenía el año pasado.

Ocasión en la que, por cierto, también se recogieron las declaraciones del presidente colombiano César Gaviria, referidas a la mencionada Cumbre de mandatarios iberoamericanos: «ya tenemos un foro para convertir nuestra historia y nuestro patrimonio en futuro común; para que, después de cinco siglos de divisiones, llevemos unidas a nuestras naciones hacia el siglo XXI».

Roa Bastos hizo públicas en «El controvertido V Centenario» (18 de julio de 1991), sus principales tesis al respecto. «La revisión crítica de las relaciones entre España y los países hispanoamericanos no es un revisionismo histórico cultural postulado desde el ángulo de ideologías contrapuestas. La plural amalgama de razas, de culturas, de motivaciones e intereses legítimos, la necesidad de relaciones más estrechas y orgánicas, de un conocimiento mutuo más amplio y profundo, depurado de leyendas negras y leyendas blancas, constituye hoy la nebulosa de un mundo en gestación, que busca plasmarse en medio de grandes pero no insuperables dificultades».

La «creciente y un poco tardía indignación histórica contra la España imperial, ¿no es tal vez la descarga ambigua de las élites mestizas hispanoamericanas destinada a otros imperios aún vigentes, más actuales, más eficaces y más implacables, pero también menos susceptibles a la crítica y a la condenación?» Y lo que nuestra integración «implica necesariamente (es) la participación de los pueblos indígenas y de todas las minorías marginadas en la construcción de un nuevo orden democrático, representativo, pluricultural y pluralista como concreción de la nueva sociedad que está emergiendo en América Latina y de la cual España es nuestro aliado natural».

Antes, su discurso de recepción del Premio Cervantes (27 de abril de 1990) le dio también oportunidad de repensar con hondura filosófica nuestras raíces, y el contenido de su propia narrativa, en razón del dinamismo creador del mundo de Don Quijote.

Para Bryce Echenique (11 de enero de 1991), en Perú «estamos ante la primera crisis realmente nacional,... Un Perú cuyo Estado ha quebrado como proyecto nacional, ... para cederle espacio al país real que viene abriéndose paso a lo largo de siglos,... hacia una final andinización de un país que siempre fue andino,... al país informal, provinciano y pobre, de rostro oscuro, al que de una forma u otra se le enseñó primero un idioma y después se le cortó la lengua».

Por su parte, Vargas Llosa (2 de octubre de 1991) afirma que España y América están unidas por «la cultura de la libertad». «El proceso de democratización que ha vivido España ha influido más en América del Sur que la colonización que se inició hace 500 años». Y culpar de la situación actual «a los conquistadores es algo disparatado, ya que se trata de una realidad que ha ido perpetrándose independientemente de quienes tengan el poder. Quizás ahora sea el momento de hacer justicia histórica y conseguir que el desarrollo no signifique el sacrificio de la lengua y la tradición de los indígenas».

Dos aportaciones más, de contenido clarificador, cuyo contenido es inexcusable, son la de Sanguinetti, «Quinientos años en los tiempos del cólera» (4 de junio de 1991), que documenta con rigor el impacto demográfico producido en la primera sociedad indiana por las mismas enfermedades infectocontagiosas que antes habían assolado a Europa; y la de Sábado (2 de enero de 1991) en que dirime con inteligente y serena argumentación el tema que elocuentemente titula «Ni leyenda negra ni leyenda blanca». Porque, como denuncia con energía el historiador británico John Elliot *El País*, (28 de agosto de 1991), «la leyenda negra continúa».

Menos mal que aún nos queda esa especie de microclima del mismo espíritu creador que han sabido generar los grandes premios a la literatura en lengua española y a la inteligencia activa, convocados en torno a Cervantes, a Menéndez Pelayo, a la Corona. ¿Dónde podríamos, en efecto, intentar saber algo acerca de esa aventura libre y creadora que es el pensamiento sobre la España, la Transeuropea hispánica, la Transespaña que ahora justamente nos queda por inventar y hacer, si no fuera por las grandes profecías hispanoamericanas, y más en concreto, aquí y ahora, lo que de ellas nos va llegando a través de tan oportuno microambiente intelectual?

Basta y sobra con que aquella remota conquista de las sociedades amerindias, igual que toda conquista guerrera al paso de la Historia, hiciese objeto de violencia, guerra invasora, crimen y despojo, en la medida que fuera y que hoy puede documentarse con seriedad, desapasionadamente, desmitificadamente, para que hoy tuviéramos clara una primordial razón de ser colectiva.

Esto de que todo responsable o mandatario de la comunidad hispánica de naciones viera su imperativo máximo, igual que lo fue en los tres siglos indios —perdón, iba a decir «coloniales»—, en cooperar con las naciones indias aborígenes, con sus juventudes, con todos los grupos destruidos vitalmente y marginados, en el esfuerzo colaborador de todos nuestros pueblos autónomos, para continuar con mayor ahínco que nunca la lucha por la justicia y la liberación auténtica de todos. Y lo mismo que en esto, que es lo más difícil, en todo lo demás. ¿Qué falta hace ni un gramo de demagogia, o de resentimiento en todo este negocio?

Simplemente, alguna leve pero eficaz instancia racionalizadora y entrañable tendría que cargar en cada una de nuestras casas nacionales, y en nuestra nueva comunidad histórica, por tenue que ésta empiece a ser, con esa función suprema —no del poder sino del alma que nos es común en la común «patria grande»— que es la de defensor del pueblo y de los pueblos.

Por ahí, siguiendo esa vía de cooperación maximalizada es por donde cabe detectar la brecha que nos agrieta y puede hacer saltar el muro nuestro: este «muro de España» que nos tuvo encanijados desde hace ya no sabemos cuántas generaciones. Pero que sólo nuestra propia enajenación colectiva imaginó y construyó. Y que sólo nuestra curación, nuestra liberación por el espíritu, o revolución en marcha del volver a nacer de nuevo, podrá derribar. Pues nadie puede venir a sustituir nuestro coraje en tirarlo abajo y dejarnos ante el campo libre, si seguimos siendo incapaces de hacer ese esfuerzo nosotros mismos.

Iberoamérica y España desde la comunidad americana y la comunidad europea

Sólo quisiera destacar todavía tres ideas que estimo capitales. Una es la de espesura exuberante de las manifestaciones de conciencia hispánica de la vida que constituyen nuestro pensamiento y literatura. Especialistas actuales como Fernando Ainsa y la complutense María Teresa Martínez Blanco, o Luis Íñigo Madrigal, por ejemplo, están en excelentes condiciones de hacer exhaustiva y destilar didáctica, fascinantemente, la investigación colosal que resulta indispensable hoy para poner en su lugar, y en las manos de las

nuevas generaciones, un *thesaurus* de cultura que no cede en valor a ningún otro.

Estos cientos de pensadores y escritores, en una parte decisiva vivos aún, que bullen en todos nuestros países de lengua o alma hispánica. Desde el campo filosófico, tanto Alian Guy en lo que concierne a la filosofía española e iberoamericana, como José Luis Abellán en cuanto a historia crítica de las ideas de España, han avanzado por su parte trabajos de primer orden.

Es indispensable sumar el mismo esfuerzo de puesta al día a los elencos disponibles para la literatura y el pensamiento lusohablante. Todos le debemos a la obra de la inteligencia portuguesa la viva presencia de nuestra común «alma del mundo» —en una de sus formas diferenciadas esenciales, que anima a vigorosas y cruelmente castigadas comunidades humanas de Asia y África—, este hecho de que el mundo ibérico, por hispánico, ocupe hoy un sitio irrenunciable de cara al futuro del hombre. Sería ingenuo —si bien el propósito es cualquier cosa menos «triumfalista»; simple clarividencia más bien— intentar así, de pasada, ningún inventario y clasificación de esos centenares de hombres que hoy iluminan, desde nuestra conciencia y subconsciente comunistas o libertarios hasta la exploración de los arquetipos y valores a partir de los cuales los ibéricos estaños contribuyendo a la creación más noble posible del hombre y del mundo en que ya estamos metidos.

Su cascada grande y profunda multiplica simplemente por muchos, además de los que ya hemos recordado, a los no menos familiares de Mariátegui, Arguedas o Indalecio Liévano; Gilberto Freyre o Asturias; Hostos, Martí, Rubén o Manuel Ugarte; Vasconcelos, Picón Salas, Henríquez Ureña, Rodó o González Prada; Francisco Romero, Rulfo, Edwards o Sábato; Bioy Casares; Yáñez o Lezama Lima; Cortázar, Cabrera Infante, Donoso o Galeano; Darcy Ribeiro, Benedetti, Onetti o Saramago.

De todos, como salta a la vista, igual que de cuantos venimos detrás de Unamuno, Ortega y Zubiri, sería una tarea inútil puntualizar el país concreto o la patria local desde la que cada uno se ha incorporado a la «patria grande» de «Hispania fecunda». Eso sería lo de menos. Lo realmente decisivo es que tantos nombres creadores estén siendo la vanguardia que ya tiene ocupado el puesto que en la actualidad más crucial le pertenece a la nueva Transespaña de todos los ibéricos. El puesto, insisto, porque conviene hacerlo ante tanto nihilista, que le queda a la mejor esperanza del hombre todavía en pie en este oscuro final de época en que se extingue Occidente y adviene, más allá del desengaño de las ideologías «modernas» no hispanas, por fin, el modo nuevo de la humanidad en transformación.

Las otras dos ideas que quería añadir, son, una, el hecho de que los grandes espacios económicos mundiales que ahora están gestándose son ámbitos técnicos y mercantiles, que no excluyen sino que necesitan integrarse en base a las comunidades históricas reales que los encarnan. Situación que es la de la Comunidad Hispánica de Naciones —hispanomestiza, hispanohablante, hispanocatólica— al interior de los espacios científico-económicos que hoy son las respectivas uniones de las Europas y las Américas. Y la otra idea es que sería el absurdo mayor en que aún podemos caer, en la familia hispánica, el olvido, especialmente en las Cumbres de máximos magistrados del mundo hispánico, de que seríamos una realidad menguada si dejáramos vacante la sede de primer rango que le pertenece entre nosotros a Filipinas, que encabeza la tercera pieza, la afroasiática, de nuestro gran trípode hispanomestizo e iberomestizo.